

JORNADAS DE



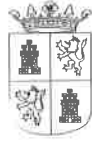
GEOGRAFIA Y

URBANISMO



JUNTA DE CASTILLA Y LEON

Consejería de Obras Públicas y Ordenación del Territorio



JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN
Consejería de Obras Públicas y Ordenación del Territorio

JORNADAS DE GEOGRAFIA Y URBANISMO

Edición dirigida por Enrique CLEMENTE CUBILLAS
y compilada por José Luis MARCELLO BARRIADA
(Secretario de las Primeras Jornadas de Geografía
y Urbanismo)

Salamanca, 13, 14 y 15 de diciembre de 1984

LOS PROCESOS DE DIFUSION ESPACIAL DE LA CIUDAD, PROBLEMAS ASOCIADOS

*Manuel Valenzuela Rubio
Ponente*

Manuel Valenzuela Rubio (Ponente)

Vicente Gozávez Pérez

Guillermo Morales Matos

LOS PROCESOS DE DIFUSION ESPACIAL DE LA CIUDAD. TENDENCIAS RECIENTES

Manuel Valenzuela Rubio
Ponente

1. *Introducción*

Como ha señalado J. Remy (1976), «los efectos estructurantes y estructurales del espacio no pueden ser analizados sin referencia a la estructura social». Tal afirmación es válida para todas las versiones y variantes del uso social del espacio, pero, dada la complejidad alcanzada por el espacio urbano, es en él donde esta clave interpretativa de base resulta de más obligada utilización para una correcta interpretación del mismo. De aquí que las diferentes variantes de difusión espacial y consumo de espacio por parte de la ciudad haya que remitirlas a la particular configuración que en cada momento adopte la estructura social infrayacente, adscrita a un determinado modelo productivo, en el que se insertan coherentemente tanto el marco jurídico-político y organizativo como la instrumentación tecnológica. En todo caso, como atinadamente señala H. Lefebvre (1972) la esencia conflictiva de la práctica social del espacio urbano como efecto de las relaciones antagónicas subyacentes a la estructura social. Tampoco puede pasarse por alto la lógica económica y política de los procesos de ordenación y urbanización, trasunto fiel de las contradicciones implícitas en el modelo urbano vigente, que inevitablemente van a hacer emerger movimientos y conflictos sociales (M. Castells, 1977).

De lo dicho se desprende que abordar los procesos de difusión espacial supondría ir siguiendo las sucesivas prácticas del mismo, según la interpretación arriba expuesta, que se irían traduciendo en sucesivas formas de uso y consumo (P. Panerai, 1983 pp. 182-184). Ahora bien, dadas las características introductorias de esta ponencia no procede realizar exhaustivamente una revisión sistemática de las formas que sucesivamente ha ido adoptando el ensanchamiento espacial de la ciudad, desde los arrabales y los ensanches a los «grandes conjuntos» residenciales periféricos. En consecuencia, vamos a centrar nuestra intervención en aquellos

procesos de difusión espacial urbana ligados al modelo urbano peculiar de los países capitalistas avanzados, en el que cabe insertar un buen número de ciudades españolas, al menos la gran ciudad de las regiones desarrolladas del país.

1. *El modelo económico industrial avanzado como inductor de complejos procesos de difusión espacial urbana*

Entendemos que el punto de partida obligado de toda teoría del crecimiento urbano es la íntima conexión entre desarrollo económico general y urbanización. En consecuencia, a cada fase de desarrollo económico (industrialización, terciarización, etc.) puede adscribirse una dinámica urbana peculiar (*centralización, suburbanización, reurbanización, etc.*), en cada una de las cuales se producen unos específicos problemas sociales y económicos, que exigen unas medidas de política urbana y, en definitiva, condicionan los instrumentos de tratamiento urbanístico (Klaasen, 1981).

En el plano formal, los procesos de urbanización se traducen en una extensión progresiva de la periferia de las ciudades, la cual adopta multitud de variantes, cuyo denominador común no es otro que la búsqueda implícita o explícita de una utilización más eficaz del espacio urbano entre las actividades económicas, hecha posible por la creciente movilidad de los agentes implicados en el proceso. La continuidad y coherencia, aunque con altibajos, de los citados procesos ha hecho posible la mantenida expansión física de las aglomeraciones con la aparición de sucesivos espacios urbanos periféricos, los cuales han experimentado una creciente integración en la dinámica urbana hasta finalmente quedar englobados en el tejido urbano de forma plena. La intensidad y rapidez de tal «conquista» del espacio circundante por parte de la ciudad y sus agentes se halla, en todo caso, fuertemente condicionada por el modelo económico vigente y por las estrategias espaciales subordinadas a sus intereses, las cuales indefectiblemente desembocarán en la optimización del «recurso suelo» y, en última instancia, en la maximización del beneficio económico.

En este contexto cabe insertar el papel decisivo que han jugado los sistemas de transporte urbanos en cuanto garantes de la movilidad de los agentes en el espacio ya urbano o en vías de serlo; son ellos los que permiten que el alejamiento geográfico sea compatible con la integración plena de los nuevos espacios incorporados a la ciudad en el sistema social y económico urbano (Lecour, C., 1981). Los transportes (público primero, privado después) han actuado como hilo conductor de la ocupación urbana del espacio y como eficaz instrumento de coordinación y cohesión interna. Las mejoras tecnológicas introducidas a lo largo del tiempo (desde el tranvía de tracción animal al monorraíl), a pesar de hallarse fuertemente condicionadas por el sistema productivo, han conseguido dejar, una vez instaladas las infraestructuras, una huella muy persistente en la organización física del espacio urbano. No menos eficaces, aunque con efectos formales bien dife-

renciados, están demostrando ser las telecomunicaciones y la informática en tanto que reforzadores de algunos de los procesos más recientes de difusión espacial en áreas periurbanas cada vez más lejanas y diluídas (A. Kellermann, 1984).

La primera fase del proceso moderno de expansión urbana, basada en la industrialización (*urbanización* en sentido estricto), se realizó a costa del espacio rural circundante, que le aportó los efectivos demográficos para nutrir el sistema productivo y el suelo sobre el que asentar los elementos construidos, espacios públicos y actividades económicas urbanas. El modelo urbano resultante, compacto y continuo, es fruto de adosamientos sucesivos de nuevas piezas urbanas, cuyo tamaño, situación jurídica, agentes productores e incluso diseño formal y tipológico son enormemente complejos y su mera síntesis supondría resumir la historia de más de un siglo de urbanismo. Con el tiempo las grandes ciudades así conformadas pierden atractivo debido al deterioro de las condiciones ambientales, que afecta tanto al espacio privado (vivienda) como al medio ambiente general (contaminación climática). Paralelamente, la prosperidad urbana de base industrial eleva el nivel de vida de un sector importante de la población, dotada de capacidad adquisitiva para acceder a una vivienda alejada del centro urbano, con preferencia en una zona semirural dotada de perspectivas agradables y con posibilidad de un contacto directo con la naturaleza. Este es el marco de referencia en el que las grandes ciudades de los países desarrollados generan a lo largo del primer tercio del siglo unos extensos tejidos residenciales de baja densidad (suburbios y «banlieues»), que constituyen el sueño residencial de las familias de la clase media urbana. Es el «american dream», traducido tipológicamente en las denominadas «prairie houses», difundidas por cientos de miles en las periferias urbanas americanas, tipología que fue incorporada por F. Lloyd Wright a su proyecto de Broadacre City. La *suburbanización*, como ha sido denominado este proceso de difusión periférica temprana, puede considerarse como el primer acto de un «estallido» de la ciudad nuclear tal como hasta este momento se había venido configurando, conformada por piezas distintas genética o funcionalmente soldadas entre sí y en contigüidad física. Se inauguran con ella un modelo urbano-territorial cuya definitiva plasmación no se halla aún cerrada ni se puede prever que lo esté en un futuro próximo.

Paralelo a ella, coetáneo y complementario y, en los aspectos residenciales, parcialmente sinónimo, es el proceso de *exurbanización*, que, genéticamente voluntarista o fruto de decisiones espontáneas, consiste en transferir total o parcialmente fuera del espacio urbanizado y hacia la periferia urbana más o menos próximas industrias, almacenes, equipamientos colectivos, comercio, etc., anteriormente instalados en la ciudad (P. Bruyelle, 1981, p. 7). En todo caso, ambas enlazan con la ciudad existente física y funcionalmente, derivan de ella y gráficamente responden a lo que se ha venido en denominar entre nosotros crecimiento «en mancha de aceite».

El resultado en términos de organización espacial es enormemente complejo, lo que ha supuesto un reto a la hora de delimitar en su interior unidades diferenciadas; una respuesta al problema, ampliamente utilizada tanto por investigadores como por las instancias administrativas ha sido el recurso a la delimitación

de «coronas» o «aureolas», en función de parámetros numéricos (demográficos, usos del suelo, etc.), fuertemente condicionados por la distancia pero también por circunstancias aportadas por el propio territorio (atractivos ecológicos) o por complejas dinámicas sociales (prestigio). En todo caso, la formación y evolución de estas «coronas» no se ajusta a un ritmo uniforme ni siquiera en un mismo complejo urbano, si bien el telón de fondo de todas ellas es un intenso dinamismo urbano, que va incorporando nuevos espacios rurales al proceso de crecimiento urbano, razón por la cual la dialéctica rural urbana es en ellas contexto en que surgen y se materializan un sinnúmero de problemas y conflictos espaciales, preocupación muy temprana de los geógrafos anglosajones, quienes acuñaron en los años 60 el término *aureola urbano-rural* (rural-urban fringe) para definir a la más exterior de las coronas de penetración urbana. Esta sería la auténtica «frontera suburbana» (D. Mills, 1973, p. 86), cuya situación transitoria y una cierta precariedad no resta transcendencia e incluso urgencia por la tendencia hacia una ampliación de los espacios afectados por ella, si bien no siempre sea achacable la generalización del citado proceso a la influencia directa de un determinado organismo urbano, sino que queda adscribirlo a la amplia difusión en los países avanzados de pautas de uso y consumo del espacio que en etapas anteriores eran privativas de las ciudades. Aún con tan indefinidos perfiles hay suficiente material para poder afrontar una tipificación elemental de problemas y conflictos existentes en ella:

a) La tendencia hacia la segregación social y espacial entre los nuevos residentes de clase media y alta y los autóctonos, pequeños y medianos agricultores. Quizá no hay manifestación más elocuente de segregación socio-espacial que la observada en las aureolas urbano-rurales británicas, particularmente en Londres, donde se ha llegado a definirse en su área periurbana SE un denominado «cocktail belt», identificable socialmente (ejecutivos, banqueros, artistas de moda, etc.) y por unas tipologías constructivas consistentes en mansiones señoriales instaladas en el interior de fincas arboladas y rodeadas de jardines (C. Hamnett, 1984).

b) La tendencia hacia una inmigración selectiva, impuesta por el costo de la vivienda, pero también por el encarecimiento de todos los servicios de uso cotidiano desde el transporte hasta los artículos alimenticios.

c) La existencia de relaciones muy sólidas con la ciudad central por razones laborales, de compra o de recreo hacen más numerosos, frecuentes y largos los desplazamientos en relación con el resto de la «commuting zone», de la que forma parte. Estas mayores exigencias de movilidad no implican una mejora en los transportes públicos, dada la dependencia casi absoluta del vehículo privado, lo que es fácilmente observable a través de las altas tasas de motorización.

d) La tendencia hacia la eliminación de todo principio jerárquico en el sistema de asentamientos preexistente, cuyo empobrecimiento funcional viene dado por el habitual recurso a la ciudad-central para resolver toda la gama de servicios, desde los más elementales a los más específicos.

No acaban de captar los términos que preceden la riqueza de procesos y realidades contenidas en la dinámica urbana más reciente, que han pretendido ser recogidas por los geógrafos de expresión francesa en el término *periurbanización*. Sin embargo, aún pudiendo etimológicamente englobarlos a todos, los trasciende

en tanto que se amplía el abanico de situaciones socioespaciales, formas de consumo del suelo, agentes implicados en las mismas, etc., que, como nota particularmente original, han demostrado ser compatibles con una situación general de crecimiento urbano estabilizado o negativo (*desurbanización*) en términos económicos o demográficos. De aquí que no se pueda adscribir sin más la *periurbanización* a la dinámica puesta en marcha desde y por un organismo urbano concreto. Quizá el contenido más genuino de la *periurbanización* pueda, a nuestro juicio recogerse en el término *rurbanización*, que, si bien quepa considerarse como la última versión del «estallido urbano», trascendiendo ampliamente todos los procesos descritos, es, más si cabe que todos ellos, plural y complejo en sus efectos socioespaciales. Incluso definiciones tan voluntariamente ambiguas como la de P. Bruyelle (1981) («metamorfismo o transformación difusa del mundo rural por la ciudad y por el género de vida y actividades ciudadanas»), no llegan a ser capaces de captar la heterogeneidad de situaciones observables en esos amplios espacios en donde la ciudad se diluye en el campo.

Si bien, como queda dicho, la *rurbanización* cabe considerarla en el más amplio contexto de la difusión de lo urbano, pues supone por definición un mayor o menor aporte de urbanos al espacio rural, procede concebirla como una conformación plenamente diferenciada respecto a suburbios y banlieues. Y ello es debido no sólo a la propia entidad de los procesos, agentes y configuraciones espaciales resultantes, sino también a la propia escala espacial en que el fenómeno debe ser entendida y valorada. De aquí que no deba admitirse de entrada que se trate de un paso previo o preparación de la suburbanización; incluso podría avizorarse una inversión del proceso allí donde aún alcanzó aún niveles incipientes, ante la perspectiva abierta por la crisis energética y desde una nueva forma de valorar el territorio, basada en la óptica conservacionista y en un ambiente propicio a la revalorización de la ciudad consolidada (*reurbanización*).

Así pues, una evaluación correcta del proceso rurbano pasa por contemplar en su conjunto la organización de la región urbana, fruto del estallido de las aglomeraciones clásicas. De igual manera, las categorías de usuarios del espacio rurbano también quedan considerablemente ampliadas, ya que engloba simultáneamente a inmigrantes exteriores a la región urbana, a usuarios ocasionales de residencias secundarias, población autóctona aún ruralizada o bien asimilada a actividades de ascendencia urbana, ya estén estas localizadas «in situ» o en los centros urbanos. Así pues, entre el rural autóctono y el «neo-rural» o ciudadano ruralizado es muy amplia la gama social alojada en el área rurbana, cuya originalidad, en consecuencia, consiste, no tanto en ser un espacio diferenciado sino en una forma discontinua y sin duda transitoria de ocupación del espacio periurbano. En otras palabras, lo relevante en ella es más el proceso que la plasmación física del mismo (M. Berger, 1980, p. 305).

En esta realidad fluida los cambios funcionales y sociales son un semillero de conflictos, ya que la interpenetración de lo urbano y lo rural en la población y el espacio no podría por menos de crear una atmósfera competitiva, en la que fácilmente afloran los conflictos de intereses y actitudes. Ello queda aún reforzado si se tiene en cuenta que la *rurbanización* no tiene por qué provocar siempre

un cambio físico de afectación del suelo, sino a que a menudo sólo se trata de nuevos usos sociales del espacio; como ejemplo de ello, muy significativo, cabría referirse al nuevo papel asignado a los espacios libres en la estructuración de las regiones urbanas, en las que estarían llamados a desempeñar un papel mucho más positivo (recreo, ocio, contemplación, excursión, etc.) que el tradicional de simple «marco verde».

No es menos representativa de la situación de conflicto que preside los ámbitos rurbanos la actividad agraria, cuya supervivencia es más que problemática en el periurbano, por cuanto la tendencia común, constatada en multitud de ejemplos, ha sido que la expansión urbana se produzca a costa de las mejores tierras agrícolas (Ch. Christians, 1981, p. 23), que son por ello las más amenazadas. Por otra parte, el planeamiento físico o bien ha valorado el espacio rural como simple «reserva de suelo urbano» y marco natural de fuerte carga emotiva o bien ha estimado su capacidad productiva sin preocupación por los efectos medio ambientales que de la misma podrían derivarse (M. Falque, 1973). Es significativo en tal sentido que en la legislación urbanística española aún se le siga incluyendo en el ambiguo y negativa clasificación de *Suelo No Urbanizable* (S.N.U.), lo que demuestra el largo camino que aún falta por recorrer para que la simbiosis de lo rural y lo urbano, obligada en las áreas periurbanas, disponga del marco correcto de análisis y de intervención, en el que pueden darse adecuada respuesta a las situaciones conflictivas, cuya presencia puede considerarse poco menos que inevitable en ellas. Para lo cual debería ser previo que la sociedad tuviera previstas, a través de cauces participativos y responsables, unas prioridades del uso del espacio, que, lejos de ser fijadas por las reglas del mercado como forma de gestión de los recursos, se hallaran fuertemente enraizadas en los intereses colectivos (M. Valenzuela, 1984, 2).

3. *Tendencias recientes en la organización espacial de las periferias urbanas en el contexto de la crisis económica*

En el momento presente las grandes metrópolis de los países desarrollados se enfrentan a una profunda decadencia económica y demográfica, que pone en cuestión las teorías clásicas sobre localización industrial en medio urbano, sustentadas tradicionalmente en la presunción de la validez permanente de principios tales como las economías de escala y aglomeración o apoyadas en la existencia de un mercado de trabajo cualificado y diversificado, así como en los altos niveles de renta y consiguiente poder adquisitivo de que disfrutaba un importante sector de la población en ellas. En todo caso, la inversión de las tendencias expansivas en las metrópolis es un fenómeno relativamente reciente y no extendido con la misma intensidad en todos los casos. Las claves interpretativas de la nueva situación son muy complejas y, en alguna medida, mal conocidas y estudiadas; no obstante, podrían perfilarse entre ellas como más relevantes, siguiendo para ello las aportaciones de Klaasen (1981), las siguientes:

a) Los progresos tecnológicos recientes, especialmente en el campo de las telecomunicaciones, que han reducido considerablemente las ventajas derivadas de la concentración espacial de las actividades (A. Kellerman, 1984).

b) El incremento de las exigencias en calidad de vida, que hace prevalecer a menudo en las decisiones espaciales de los agentes sociales el atractivo ecológico y ambiental, aún relativamente bien conservado en las ciudades medias y pequeñas, sobre las expectativas de obtener más elevados ingresos en las grandes aglomeraciones.

c) Unas políticas oficiales, que encaminadas desde décadas atrás a controlar la expansión metropolitana, han acabado alcanzando unos ciertos resultados. No se ha tratado siempre de medidas explícitas de control del crecimiento a través de formas de planeamiento más restrictivas, sino que al mismo tiempo se han puesto en juego otros procedimientos más sutiles pero igualmente eficaces a medio y largo plazo, como puede ser un mayor control sobre los permisos de edificación, una restricción de las rentas inmobiliarias o unas ordenanzas ambientales más rígidas.

d) Los efectos de la recesión económica, que se han dejado sentir agudamente sobre la base económica de no pocas ciudades de los países industrializados, cuya restauración exigirá tiempo, imaginación y un esfuerzo solidario por parte de los agentes privados y organismos públicos implicados (B. Merenne-Schoumaker, 1983).

La combinación de las circunstancias enunciadas crea las condiciones idóneas para que se produzca la denominada fase de *desurbanización*, caracterizada por pérdidas de población en la ciudad-central, que no son contrapesadas adecuadamente por incrementos apreciables en las áreas periféricas de la aglomeración, por lo que en conjunto la situación es declinante. La situación demográfica y económica, en todo caso, no significa que los procesos de uso y consumo de espacio al servicio de las necesidades urbanas queden bloqueados; antes al contrario, el «estallido» espacial se mantiene, si bien adoptando otras versiones distintas de las más arriba descritas, e incluso puede llegar a reforzarse, lo que plantea una aparente anomalía si retornamos a las interpretaciones clásicas en torno a los procesos de consumo de espacio por las actividades económicas alojadas en el sistema productivo urbano. La anomalía queda resuelta en el marco del propio sistema, el cual ha articulado formas nuevas, al mismo tiempo organizativas y espaciales, para dar respuesta a la situación de crisis; la validez de las mismas desde la lógica del sistema consiste en mantener y reforzar las tendencias acumulativas del capital con el máximo de eficiencia de las actividades productivas con el mínimo costo (A.J. Scott, 1982, p. 191).

En este contexto adquieren sentido las nuevas estrategias de asignación de suelo por parte de los agentes al servicio de las nuevas pautas de organización de la producción; éstas han roto la dependencia respecto a la localización urbana, haciendo emerger nuevos paisajes industriales (Clark, 1985), residenciales o de esparcimiento. En virtud de ellas, parece tanderse hacia una organización metropolitana basada en dos fuerzas básicas:

a) La continuada división del trabajo por la que camina la industria parece abocada inevitablemente a la aparición de nuevas formas de actividad de pequeñas dimensiones, pero muy intensivas en trabajo. Ocasionalmente éstas podrán realizarse de la manera más descentralizada, incluido el trabajo a domicilio (working at home) en régimen de semiclandestinidad (economía sumergida), ampliamente difundida en ciertas regiones españolas (E. Sanchis, 1984).

b) Paralelamente se perfila la tendencia hacia un creciente nivel de autonomía tecnológica por parte de los centros de producción.

Ambas se completan para impulsar de forma cada vez más intensa la descentralización e incluso dispersión de las actividades económicas. En consecuencia, la crisis del modelo metropolitano podría encaminarse paradójicamente hacia nuevas e imprevistas versiones de «estallido» urbano y de retorno al campo (back to the country). Ahora bien, a diferencia de otros procesos anteriormente descritos, a través de los cuales la ciudad penetraba en el espacio envolvente, los actuales podrían llegar a poner en cuestión la propia esencia de lo urbano hasta llegar a configurar una realidad espacial difícilmente asimilable a la ciudad, razón por la cual la denominación de «antópolis» que J. Gottman le ha asignado (1977) no resulta en absoluto exagerada.

El fenómeno, cuyos rasgos básicos acabamos de describir, ampliamente observado desde años atrás en el mundo anglosajón (A.J. Scott, 1981. Philips & Brunn, 1978), puede extrapolarse con mayor o menor intensidad a todas las grandes metrópolis de los países desarrollados, como ha quedado de manifiesto en la reunión que bajo el nombre de *Metrópolis-84* han celebrado en París el mes de octubre de 1984 políticos y técnicos y administradores de un buen número de ellas (IAURIF, 1984). Allí quedaron ampliamente ejemplificados algunos de los problemas a los que deben hacer frente las grandes ciudades en época de crisis: el enrarecimiento del mercado de trabajo, que puede llegar a alcanzar niveles de desempleo críticos en ciertas zonas urbanas y grupos sociales; la aparición de determinadas modalidades de economía sumergida; la ruina de las haciendas locales, que coloca a los responsables urbanos en el difícil dilema de optar entre la reducción de los servicios o el incremento de la fiscalidad; subaprovechamiento de los recursos y degradación progresiva de las infraestructuras (J. Roberts, 1976).

El modelo metropolitano español ha generado, asimismo, su peculiar adaptación espacial a la crisis económica, de la que es un ejemplo representativo el Área Metropolitana de Madrid. La respuesta a la crisis en el ámbito metropolitano madrileño también está basculando entre las tendencias desindustrializadoras, observables básicamente en los distritos centrales, y descentralizadoras, éstas últimas orientadas hacia la periferia metropolitana (corona exterior), donde se han asignado en los últimos años importantes contingentes de suelo a la actividad industrial, que adopta aquí la forma de economía sumergida en localización difusa. Así pues, el binomio subterranidad económica-descentralización productiva se ha convertido en el basamento sobre el que se viene apoyando la reacción del sistema productivo metropolitano madrileño para hacer frente a la crisis. Se descentralizan parte de los procesos productivos, los más intensivos en trabajo, al mismo tiempo que se mantiene una fuerte centralización del capital.

Así pues, la reorganización del aparato productivo madrileño cuenta en la actualidad con un eficaz instrumento de la «industrialización sumergida en localización periférica» (F. Celada y otros, 1983) lo que cabe considerar como la más llamativa secuela espacial de los procesos citados. Se trata de la gestión de un nuevo modelo de localización espacial de la industria, inédito hasta ahora, compuesto de pequeñas implantaciones industriales en terrenos periféricos del Área Metropolitana de Madrid, que viene a alterar sustancialmente las pautas tradicionales de localización industrial. Desde la perspectiva laboral, la dispersión en el territorio de instalaciones productivas así como la reducción de su tamaño colaboran a quebrar la homogeneidad del mercado de trabajo.

Abundando algo más en el ejemplo madrileño, merece la pena advertir cómo la reestructuración del espacio industrial descrita coincide con un bloqueo muy severo del crecimiento urbano, coincidente con la proyección de instalaciones industriales hacia zonas cada vez más alejadas del continuo urbano, en donde ocupan suelo no calificado ni preparado para alojar convenientemente a la industria. Todo lo cual abona la idea anteriormente expuesta de la posible compatibilidad entre contracción del crecimiento urbano y mantenimiento de pautas de intenso consumo de espacio, achacables a la optimización del recurso suelo y su nueva reasignación desde la misma óptica productivista.

No obstante las afinidades con el modelo general de transición urbano-rural tanto Madrid como las restantes grandes ciudades españolas presentan unas peculiaridades en cuanto a ámbito intensidad y configuraciones espaciales, que no pretendemos abordar en esta ponencia (M. Valenzuela, 1984, 1).

4. *Hacia un cambio de sentido en la dinámica espacial urbana: la reurbanización*

A pesar de lo expuesto en el anterior apartado de esta ponencia, se acepta unánimemente que la gran metrópoli se halla en la mejor de las situaciones para producir y difundir las innovaciones tecnológicas. De hecho las áreas centrales de las regiones urbanas y metrópolis de los países más avanzados se están convirtiendo en centros especializados en actividades de gestión y control, muy intensivas en trabajo; mientras tanto, las actividades productivas muy intensivas en capital se alojan en el espacio con independencia del medio urbano siguiendo una estrategia espacial de ámbito mundial.

La aptitud de las metrópolis para convertirse en asiento privilegiado de tecnologías de vanguardia (informática, robótica, etc.) y de las actividades más creativas (diseño) puede sentar las bases de políticas de revigorización económica y urbana, mediante las cuales se pueda conseguir restaurar el papel impulsor de las ciudades-centrales sobre el conjunto de las aglomeraciones y regiones urbanas, que en la fase de *urbanización* ejercieron. De esta manera, se apunta una nueva fase, aún incipiente, del modelo urbano metropolitano: la *reurbanización*. Esta se caracteriza esencialmente por la recuperación demográfica de las zonas centra-

les respecto a las periféricas, aunque en ocasiones ésta se reduce al detenimiento de la pérdida de población de situaciones anteriores. A partir de este momento una nueva fase expansiva puede iniciarse. Cuales sean sus resultados sobre el conjunto de las áreas urbanizadas está aún por ver.

Sea cual sea la evolución futura de la dinámica urbana, las conclusiones más relevantes que a nuestro juicio cabría extraer del contenido de esta ponencia se articulan en torno a la idea de la solidaridad espacial y social. Si, por una parte, la realidad espacial adquiere su lógica de la estructura social y económica en la que hunde sus raíces, por otra en el territorio no hay piezas sueltas, por lo que la comprensión global de los procesos es indispensable para la correcta comprensión de los problemas que afecten a cualquiera de ellas y del papel que ejerce en el conjunto del sistema socio-espacial. Si esto es válido, a nuestro juicio, para el conjunto del espacio humanizado, con mayor razón en las áreas urbanizadas, donde el papel de caja de resonancia que el espacio tiene respecto a los procesos y conflictos sociales se halla claramente hipertrofiado. Es en ellas donde el geógrafo tiene la obligación y el reto de ejercer una atenta vigilancia en esta sensible «interfase» entre espacio y sociedad para, de esta manera, estar en condiciones de dar una respuesta válida a las demandas sociales, única justificación de su aceptación como profesional del territorio.

Bibliografía

- BERGER, M. y otros: «Rurbanisation et analyse des espaces ruraux periurbains». *L'Espace Géographique*, núm. 4, 1980, pp. 303-313.
- BRUYELLE, P. «Périurbanisation, rurbanisation, suburbanisation». (en) *Colloque Pluridisciplinaire sur la Périurbanisation*, 1981, pp. 7-23.
- CASTELLS, M.: *Ciudad, Democracia y Socialismo*. Madrid, Siglo XXI, 1977, 245 p.
- CELADA, F. y otros: «Sistema productivo y territorio» (en) *Descentralización de la producción, economía informal y territorio en la crisis económica*. Madrid, Diputación, 1983, pp. 141-163.
- CLARK, D.: *Postindustrial America. A geographical perspective*. London, Methuen, 1985.
- COLLOQUE pluridisciplinaire sur la Periurbanisation. Lille, Université, 1981, 132 p. (roneo).
- CHRISTIANS, Ch.: «Mecanismos et acteurs de la périurbanisation» (en) *Colloque Pluridisciplinaire...* pp. 23-31.
- FALQUE, M.: «Espaces cuverts et urbanisation». *Urbanisme*, núm. 137, 1973, pp. 30-40.
- GOTTMAN, J.: «Megalopolis and antipolis: the telephone and the structure of the city» (en) Pool, I. (Edit.): *The social impact of the telephone*. Cambridge, Mass, MIT. 1977.
- HAMNETT, C.: «Life in the cocktail belt». *The Geographical Magazine*, oct. 1984, pp. 534-539.
- INSTITUT D'AMENAGEMENT ET D'URBANISME DE PARIS ET L'ILLE DE FRANCE (I.A.U.R.I.F.): *Métrópolis 84*. núm. 74, dec. 1984.
- JOHNSON, J.H.: *Suburban growth. Geographical processes at the edge of the western city*. London, John Wiley and Sons, 1974, 356 p.

- KELLERMANN, A.: «Telecommunications and the Geography of Metropolitan Areas». *Progress in Human Geography*, núm. 2, 1984, pp. 222-247.
- KLAASEN, L.H. & G. SCIMENI: «Theoretical issues in urban dynamics» (en) *Dynamics of urban development*, Edited by L.H. Klaasen et al... London, Gower, 1981, pp. 9-27.
- LECOUR, C. y otros: *Croissance urbaine. Mobilité et desserte des zones périphériques par les transports collectifs*. Paris, C.N.R.S., 1981.
- LEFEVRE, H.: *Espacio y política*. Barcelona, Península, 1976, 157 p.
- MERENNE-SCHOUMAKER, B.: «Strategie de reindustrialisation d'une grande ville: le cas de Bruxelles». *Hommes et Terres du Nord*, núm. 1, 1983, pp. 35-43.
- MILLS, D.: «Suburban and exurban growth» (en) *The spread of cities*. Milton Keynes, The Open University, 1973, pp. 49-100.
- PANERAI, P. y otros: *Elementos de análisis urbano*. Madrid, IEAL 1983, 280 p. (Col. Nuevo Urbanismo, núm. 42).
- PHILIPS, P.D. & S.D. BRUNN: «Slow growth: a new epoch of American metropolitan evolution». *Geogr. Review*, vol. 68, núm. 3, July 1978, pp. 274-293.
- REMY, J.: *La ciudad y la urbanización*. Madrid, IEAL, 1976, 311 p.
- ROBERTS, J.: «Metropolis North-West Europe preliminary conclusions and open questions» (en) *The environment of Human Settlements*, vol. 2, 1976, pp. 157-164.
- SANCHIS, E.: *El trabajo a domicilio en el País Valenciano*. Madrid, Instituto de la Mujer, 1984, 256 p.
- SCOTT, A.J.: «Production system dynamics and metropolitan development». *Annals of the Assoc. of American Geographers*, vol. 72, núm. 2, June 1982, pp. 185-200.
- THOMAS, D.: «The urban fringe: approaches and attitudes» (en) Johnson J.H., edit. *op. cit.*, pp. 17-52.
- VALENZUELA, M.: «Genèse, développement et structure actuelle des espaces périphériques de l'agglomération de Madrid». *Cahiers du Centre de Recherches et d'Etudes sur Paris et l'Île de France (C.R.E.P.I.F.)*, núm. 9, 1984, pp. 108-122 (Symposium sur les Grandes Métropoles Mondiales).
- VALENZUELA, M.: El Suelo No Urbanizable (SNU), un término ambiguo para una realidad compleja. *Reuniones Urbanismo y Espacio Rural*, Segovia, Mayo de 1984, (en prensa).

